

tancia que nos permita sus- traernos a la crítica ingenua acerca de su mediocridad.

Vicente Leñero recibe de su amigo Pablo Mejía el manuscrito de una novela titulada *El garabato*; está narrada en primera persona por Fernando J. Moreno, crítico literario de prestigio, pero incapaz de aportar realmente nada nuevo al estudio de la literatura; es, también, un novelista frustrado y ello contribuye a limitarlo aún más como crítico. Poco después de una entrevista que le hace el joven estudiante Fabián Mendizábal, éste le lleva el manuscrito de una novela titulada *El garabato*.

A partir de este momento, las historias se entrelazan. A las racionalizaciones religiosas y psicoanalíticas de Moreno, sigue la trama policíaca de la novela de Mendizábal y, a ésta, la dura crítica de Moreno.

Leñero maneja a la perfección los estilos de ambos escritores y capta sus peculiares deficiencias como narradores. A los protagonistas se suman personajes reales; escritores conocidos aparecen junto a los seres de ficción; todo lo cual le da una extraña dimensión a la novela: se pierden los límites entre la fantasía y la realidad. La ausencia de tales límites había estado presente, cada vez con mayor intensidad, en todas las obras de Leñero, pero en ésta la lleva hasta sus últimas consecuencias.

*El garabato* es una crítica sardónica a ciertos medios intelectuales de México. A través de ella, encontramos la pregunta que plantea el au-

tor: ¿Es posible todavía la comunicación por la literatura?

Si nos enfrentamos a dos autores cuyo mayor problema es su incapacidad para comunicarse, se pone en cuestión a la literatura, o más bien, a ciertas formas de expresión literaria. La respuesta, al menos en este caso, es afirmativa: Leñero logró comunicarnos su duda y su visión crítica de cierta literatura que se hace actualmente en México.

—Rebeca Lozada

Michel Foucault: *El nacimiento de la clínica*: Traducción de Francisca Perujo, serie Teoría y Crítica, 304 pp. Siglo XXI, Editores, S. A.

Una vez cerrado el bello libro de Michel Foucault no podemos evitar hacernos dos reflexiones. La primera es la extraordinaria riqueza y la osadía del pensamiento médico de fines del siglo XVIII y a principios del XIX. Del pensamiento, decimos, más que de la práctica. El Siglo de las Luces, al finalizar, lanza un resplandor que deslumbra a la vez que aclara. La segunda es inquietante. La medicina actual tiene medio, manifiestamente, de una reflexión filosófica sobre su arte: y como la medicina extrae, inevitablemente, un problema filosófico (epistemológico, metodológico...), el cuidado de encontrarle solución se deja a quienes no son médicos, en este caso a un filósofo. Tal situación podría volverse peligrosa si la experiencia clínica no llegara a lastrar el vuelo demasiado libre del Logos. Pero dejemos hablar a Foucault.

“En este libro se trata del espacio, del lenguaje y de la muerte. Se trata de la mirada.” Esta mirada, la misión de conocimiento total que se le confía, la distancia que marca entre el enfermo y el médico, es la Clínica, tal como se constituye alrededor de Pinel; es la anatomía patológica de Bichat; es, al volver el siglo, una mutación de la relación médica. “El ojo se convierte en depositario y fuente de la claridad; tiene

el poder de dar a la luz una verdad que sólo recibe en la medida en que la da a luz; al abrirse, abre la verdad de una abertura primera: flexión que marca, a partir del mundo de la claridad clásica, el paso de las ‘Luces’ al siglo XIX.”

Foucault quería fundar un nuevo método de la historia de las ideas, que escapara a las trampas de la analogía y del psicologismo: “Querriamos ensayar aquí un análisis estructural de un significado —el objeto de la experiencia médica— en una época en que, antes de los grandes descubrimientos del siglo XIX, ha modificado menos sus materiales que su forma sistemática. La clínica es, a la vez, una nueva delineación del significado, y el principio de su articulación en un significante en el que tenemos por costumbre reconocer, en una conciencia adormecida, el lenguaje de una ‘ciencia positiva’.”

El lenguaje de Foucault no puede ser confundido con el de la “ciencia positiva”: lírico, jaculatorio, elocuente, oscuro. Los títulos de sus capítulos son títulos de poemas: *Lo invisible visible*; *La crisis de las fiebres...* Estilo inspirado en el estilo de Khag-neux, aclara o enmascara los análisis de mil maneras nuevas y enriquecedoras. No resumimos una meditación, pero por lo menos podemos citar estos pasajes de su conclusión:

“Se trata de uno de estos periodos que diseñan un imborrable umbral cronológico: el momento en que el

mal, la contranaturalidad, la muerte, el resumen, todo el fondo negro de la enfermedad sale a la luz del día, es decir, de golpe se aclara y es suprimido, como noche, en el espacio profundo, visible y sólido, cerrado pero accesible, del cuerpo humano. Lo que era fundamentalmente invisible se ofrece de pronto a la claridad de la mirada, en un movimiento de apariencia tan simple, tan inmediato, que parece la recompensa natural de una experiencia mejor realizada. Tenemos la impresión de que, por primera vez después de milenios, los médicos, libres al fin de teorías y de quimeras, consintieron en abordar por sí mismos y en la pureza de una mirada sin prevenciones el objeto de su experiencia. Pero es necesario volver al análisis: son las formas de visibilidad las que han cambiado; el nuevo espíritu médico del que Bichat es el primer testimonio absolutamente coherente no es para ser inscrito en el orden de las purificaciones psicológicas y epistemológicas. No es más que una reorganización sintáctica de la enfermedad en la que los límites de lo visible y de lo invisible siguen un nuevo trazo; el abismo bajo el mal y que era el propio mal surge a la luz del lenguaje: era luz que sin duda aclara al mismo tiempo las *120 journées*, *Juliette* y los *Désastres*.” “La constitución de la anatomía patológica en la época en que los clínicos definían su método no es del orden de las coincidencias: el equilibrio de la experiencia quería que la mirada puesta en el individuo y el lenguaje de la descripción descansaran en el fondo estable, visible y legible de la muerte.”

Éste es el tono. Nosotros creemos que puede ser fecundo para el médico este libro que contiene, entre innumerables frases, esta otra: “Lo que cuenta en los pensamientos de los hombres no es lo que pensaron, si no lo *no pensado* que de entrada los sistematiza, haciéndolos, el resto del tiempo, indefinidamente accesibles al lenguaje y abiertos a la tarea de pensarlos aún.”

—H. E. Z.



↑ VICENTE LEÑERO



↑ MICHEL FOUCAULT